

to manosear hayan quedado intactas ciertas prendas, como la sinceridad, que al fin es algo, y la constancia en el amor á uno solo...»

Ambos evitaban que en sus conversaciones surgieran ciertos nombres; pero una noche se habló, no sé por qué, de Juanito Santa Cruz. «Anda—dijo Fortunata,—que ya se habrá cansado otra vez de la tonta de su mujer. A bien que ella se tomará la revancha...»

—No lo creo.

—Pues yo sí...—afirmó la prójima fingiendo convicción.—¡Bah! No hay mujer casada que no peque... Ya saben tapar bien esas señoras ricas.

—No me gusta, hija, que hables así de persona alguna, y menos de esa. Yo me explico que no la quieras bien; pero observa que es inocente de las trastadas que te ha hecho su marido.

Feijóo conocía á algunas personas de la familia de Santa Cruz. A Jacinta y á Juan no les había hablado nunca; pero sí á D. Baldomero y algo á Barbarita. Trataba al gordo Arnáiz, y á otros muy allegados á la familia, como el marqués de Casa-Muñoz y Villalonga; y el mismo Plácido Estupiñá no era un desconocido para él.

—Es preciso que te acostumbres—prosiguió con cierta severidad—á no hacer juicios temerarios, huyendo de cuanto pueda herir ó lastimar á una familia respetable. Dobla la hoja y

hazte cuenta de que esa gente se ha ido á Ultramar, ó se ha muerto.

—Te diré una cosa que ha de pasarte—indicó Fortunata con la expresión grave que tomaba cuando hacia una declaración de extremada y casi increíble sinceridad:—Pues el día en que vi por primera vez á Jacinta, me gustó... sin que por gustarme dejara de aborrecerla. Una noche me acosté con el corazón tan quemado de celos, que me sentía capaz... hasta de matarla... mira tú.

—¡Bah! no digas tonterías... No me hace gracia que te pongas así... Eso de matar á la rival es hasta cursi...

—Pero si no he acabado... Déjame que te cuente lo mejor. La aborrezco y me agrada mirarla; quiere decirse, que me gustaría parecerme á ella, ser como ella, y que se me cambiara todo mi ser natural hasta volverme tal y como ella es.

—Eso sí que no lo entiendo—dijo Feijóo cayendo en un mar de meditaciones.—Caprichos del corazón.

Y al levantarse, apoyando las manos en los brazos del sillón, notó ¡ay! que el cuerpo le pesaba más; pero mucho más que antes.

## V

No pararon aquí las observaciones referentes á su decaimiento físico. Una mañana, al levantarse, notó que la cabeza se le mareaba. Jamás había sentido cosa semejante. En la calle advirtió que para andar completamente derecho, necesitaba pensarlo y proponérselo. Pasando junto á la carcomida puerta del convento de la Latina, no pudo menos de mirarse en ella como en un espejo. Se vió allí bien claro, cual vestigio honroso conservado sólo por indulgencia del tiempo. «Todo envejece—pensó,—y cuando las piedras se gastan, ¡cómo no ha de gastarse el cuerpo del hombre!»

Y los síntomas de decadencia aumentaban con rapidez aterradora. Dos días después notó Feijóo que no oía bien. El sonido se le escapaba, como si el mundo todo con su bulla y las palabras de los hombres se hubieran ido más lejos. Fortunata tenía que gritar para que él se enterase de lo que decía. Á lo penoso de esta situación uníase lo que tiene de ridículo. Verdad que aún andaba al paso de costumbre; pero el cansancio era mayor que antes, y cuando subía escaleras el aliento le faltaba. Mirábase al espejo por las mañanas, y en aquella consulta infalible notaba flácidas y amarillentas sus mejillas, antes lozanas; la frente se apergaminaba, y te-

nia los ojos enrojecidos y llorones. Al ponerse las botas, la rodilla derecha le dolía como si le metieran por la choquezuela una aguja caliente, y siempre que se inclinaba, un músculo de la espalda, cuyo nombre no sabía él, producíale molestia lacerante, que fuera terrible si no pasara pronto... «¡Qué bajón tan grande, compañero—se decía;—pero qué bajón! Y esto va á escape. Ya se ve. La locurilla me ha cogido ya con los huesos duros y con muchas Navidades encima... Pero, francamente, este bajoncito no me lo esperaba yo todavía...»

Esto le ocasionó grandes tristezas, que al principio trataba de disimular delante de su querida; pero una tarde que estaban sentados junto al balcón, se le abatieron tanto los espíritus que no pudo contener su pena y la confió á su amiga: «Chulita, habrás notado que yo... pues... habrás visto que mi salud no es buena. Y entre paréntesis, ¿qué edad me echas tú?»

—Sesenta—dijo ella seriamente con la reserva mental de que se quedaba algo corta.

—Hace unos días que he entrado en los sesenta y nueve... Dentro de nada setenta... ¿Sabes qué de quince días á esta parte me parece que he envejecido de golpe y porrazo veinte años? Yo me conservaba en mis apariencias y en mis bríos de cincuenta, cuando de improviso la naturaleza ha dicho: «¡Que me voy... que no puedo más...!»

Fortunata había notado el bajón; pero, como es natural, no hablaba de semejante cosa.

—Lo que más me carga—dijo D. Evaristo con rabia, dando un puñetazo en el brazo del sillón—es que la vista... Yo siempre he tenido una vista como un lince. Figúrate que en la Habana veía, desde el castillo de Atarés, las señales del vigía del Morro, distinguiendo perfectamente los colores de las banderas. Pues desde ayer noto no sé qué. Algunos objetos se me obscurecen completamente, y cuando me da el sol me pican los ojos... Desde mañana pienso usar gafas verdes. Estaré bonito. En cuanto al oído, ya te habrás enterado. Hace días era el izquierdo, ahora es el derecho; he ascendido: era teniente y soy ya capitán. Te aseguro que estoy divertido. Pero es insigne majadería rebelarse contra la naturaleza. Tiene ella sus fueros, y el que los desconoce lo paga. Yo he sido en esto poco práctico, siéndolo tanto en otras cosas; pero ya que se me olvidaron los papeles en el caso este de hacer el pollo á los sesenta y nueve años, voy á recogerlos para prevenir las malas consecuencias. Ahora es preciso que me ocupe más de ti que de mí. Yo poco puedo durar...

—No... ¡qué tontuna!—dijo Fortunata, aquella vez más piadosa que sincera.

—Á mí no me vengas tú con zalamerías. Por mucho que tire... pon que tire un año, dos;

eso si no me quedo el mejor día hecho un monigote y en tal estado que tengas tú que sonarme y ponerme la cuchara en la boca. De todas maneras, ya tengo poca cuerda, chulita de mi alma, y tengo que pensar mucho en ti, que la tienes todavía para rato, pues ahora estás en la flor de tus años y en lo mejor de tu hermosura.

Y otro día, subiendo la escalera, notaba que casi la subía más con los brazos que con las piernas, pues tenía que ampararse del pasamanos, haciendo mucha fuerza en él. «Esto va por la posta. Si me descuido, no tengo tiempo ni de dejar á esta infeliz bien defendida de los pillos y de las propias debilidades de su carácter. ¡Pobre chulita! Hay que mirar mucho cómo la deajo, porque ésta al son que le tocan baila. Lo que se me ha ocurrido para asegurarla contra incendios, es decir, contra los *rasgos* de todas clases, quizás no le guste; de fijo no le gustará. Pero ya irá comprendiendo que no hay otro camino... ¡Ay de mí, que aún me falta un tramo! Dios nos asista. ¡Quién me había de decir á mí...!»

Al entrar en la casa, pasó insensiblemente del soliloquio al discurso, dando voz á sus meditaciones. «¡Quién me había de decir á mí que llegaría á ocuparme de qué existen boticas en el mundo! Yo que jamás caté pildora, ni pastilla, ni glóbulo, tengo mi alcoba llena de potingues; y si fuera á hacer todo lo que el médico me dice, no duraría tres días. ¡Y quién me había de decir

á mí que le haría ascos á la comida, yo que jamás le he preguntado á ningún plato por sus intenciones! El estómago se me quiere jubilar antes que lo demás del cuerpo, y ya debes suponer que faltando el jefe de la oficina... En fin, qué le hemos de hacer.»

Al llegar aquí, D. Evaristo tenía que alzar mucho la voz para hacerse oír, porque en la calle se situó un pianito de manubrio, tocando polkas y valsos. Las del tercero, que eran las amas ó sobrinas del ecónomo de San Andrés, que allí vivía, se pusieron á bailar, y al poco rato hicieron lo propio los del segundo de la derecha. En el principal y segundo de la casa de enfrente armóse igual jaleo, y como los chicos alborotaban tanto en la calle, la gritería era espantosa y D. Evaristo y su amiga tuvieron que callarse, mirándose y riendo.

«Pues sobre que estoy sordo—dijo el simpático viejo,—la vecindad no nos deja oírnos. Callémonos, que tiempo hay de hablar.»

Fijó sus tristes miradas en el suelo y Fortunata, con los brazos cruzados, mirábale atenta, contemplando los estragos de la degeneración senil en su fisonomía, mientras se alejaban y extinguían en la calle los picantes ritmos del baile. La tarde caía; pronto iba á ser de noche, y como Feijóo tenía horror á la obscuridad, su amiga encendió luz, que puso en la mesa de camilla, y cerró después las maderas.

—¿En dónde has estado hoy?—le preguntó D. Evaristo, que casi todas las noches le hacía la misma pregunta, no por fiscalizar sus actos, sino porque de aquella interrogación salía casi siempre una plática agradable.

—Pues hoy al mediodía subí á casa de las del cura—dijo ella sonriendo y pasándole el brazo por encima de los hombros.—Son dos sobrinas ó qué sé yo qué, guapillas, y se parecen, aunque no son hermanas. Ayer estuvieron aquí y me dijeron si les quería pespuntar y dobladillar unas tiras para tableado de vestidos. Se componen mucho y tienen arriba la mar de figurines. Están haciendo dos trajes, y si vieras... no pude por menos de reirme; porque del terciopelo que les sobra hacen trajes para Niños Jesús y para vírgenes. Todo lo aprovechan, y hasta una hebilla de sombrero que no puedan gastar, se la plantan á cualquier santo en la cintura.

Había hecho Fortunata algunas relaciones en la vecindad más próxima. Se visitaba con los inquilinos de la casa, y con alguna familia de la inmediata, gente muy llana, muy neta; como que á todas las visitas iba la prójima con manto y pañuelo á la cabeza. En el tiempo que duró aquella cómoda vida volvieron á determinarse en ella las primitivas maneras, que había perdido con el roce de otra gente de más afinadas costumbres. El ademán de llevarse las manos á la cintura en toda ocasión volvió á ser do-

minante en ella, y el hablar arrastrado, dejoso y prolongando ciertas vocales, reverdeció en su boca, como reverdece el idioma nativo en la de aquel que vuelve á la patria tras larga ausencia. La gente más fina de aquella vecindad, ó la que más procuraba serlo, era la familia del cura, y estas dos sobrinas eclesiásticas se esforzaban en hacer contrastar su lenguaje atildado con el de su hermosa vecina.

—¿Pero no sabes, *hijo*, lo que me han dicho hoy?—prosiguió Fortunata conteniendo la risa.

—¡Ay, qué gracia!... Te lo contaré para que te rías. La mayor, que es la más estirada, levantó las cejas y mirándome como con lástima, y echando aquella voz tan fina, pero tan fina que parece que se la han hecho las arañas, fué y me dijo, dice: «¿Pero ese señor, no se casa con usted?» Por poco suelto el trapo... Yo le contesté «puede» y siguió con el sermón. Para que me dejara en paz le dije al fin que sí, que nos íbamos á casar, que ya estábamos sacando los papeles y que pronto se echarían las proclamas.

—Bien contestado... ¡Qué ganas de meterse en lo que no les importa!

—Y ahora te pregunto yo—dijo Fortunata más cariñosa, pero bastante más seria:—Si yo fuera soltera, ¿te casarías conmigo?

—Sobre eso ya sabes cuáles son mis ideas—replicó él de buen humor.—¿Crees que han variado desde que estoy enfermo, y que los hom-

bres piensan de un modo cuando tienen el estómago como un reloj, y de otro cuando la máquina principia á descomponerse? Algo de esto pasa, chulita, y una cosa es hablar desde la altura de una salud perfecta y otra al borde del hoyo... Pero en esto del matrimonio te aseguro que no han variado mis ideas. Sigo creyendo que el casarse es estúpido, y me iré para el otro barrio sin apearme de esto. ¡Qué quieres! Yo he visto mucho mundo... A mí no me la da nadie. Sé que es condición precisa del amor la no duración, y que de todos los que se comprometen á adorarse mientras vivan, el noventa por ciento, créetelo, á los dos años se consideran prisioneros el uno del otro, y darían algo por soltar el grillete. Lo que llaman infidelidad no es más que el fuero de la naturaleza que quiere imponerse contra el despotismo social, y por eso verás que soy tan indulgente con los y las que se pronuncian.

Por aquí siguió en su ingenioso tema; pero Fortunata no entendía bien estas teorías, sin duda por el lenguaje que empleaba su amigo. A poco de esto se puso ella á cenar. Feijóo no tomaba más que un huevo pasado y después chocolate, porque su estómago no le permitía ya las cenas pesadas. Pero en su frugal colación gozaba viendo comer á su protegida, cuyo apetito era una bendición de Dios.

—Hija, tienes un apetito modelo. Te estoy

mirando, y al paso que te envidio, me felicito de verte tan bien agarrada á la vida. Así, así me gusta... No te dé vergüenza de comer bien, y puesto que lo hay, aplicate todo lo que puedas, que día vendrá... ojalá que no. Ya ves qué contraste; yo voy para abajo, tú para arriba. ¡Cuando digo que tienes lo mejor de la vida por delante...! Y buena tonta serás si no engordas todo lo que puedas y te pones las carnes aún más duras y apretadas si es posible. Figúrate si con esas tragaderas estarás bien dispuesta para el amor.

Después de esto, y mientras Fortunata se comía una cantidad inapreciable de pasas y almendras, cogiéndolas del plato una á una y llevándose las á la boca sin mirarlas, el bondadoso anciano siguió sus habladurías con cierto desconcierto y como desvariando. A ratos parecía incomodado, y expresándose cual si refutara opiniones que acabara de oír, daba palmatazos en los brazos del sillón:

—Si siempre he sostenido lo mismo, si no es de ahora esta opinión. El amor es la reclamación de la especie que quiere perpetuarse, y al estímulo de esta necesidad tan conservadora como el comer, los sexos se buscan y las uniones se verifican por elección fatal, superior y extraña á todos los artificios de la sociedad. Míranse un hombre y una mujer. ¿Qué es? La exigencia de la especie que pide un nuevo ser, y

este nuevo ser reclama de sus probables padres que le den vida. Todo lo demás es música; fatuidad y palabrería de los que han querido hacer una sociedad en sus gabinetes, fuera de las bases inmortales de la Naturaleza. ¡Si esto es claro como el agua! Por eso me río yo de ciertas leyes y de todo el código penal social del amor, que es un fárrago de tonterías inventadas por los feos, los mamarrachos y los sabios estúpidos que jamás han obtenido de una hembra el más ligero favorcito.

Fortunata le miraba con sorpresa mezclada de temor, el codo en la mesa, derecho el busto, en una actitud airosa y elegante, llevando pausadamente del plato á la boca, ahora una pasita, ahora una almendrita. Feijóo le cogió la barbilla entre sus dedos, diciéndole con cariño: —¿Verdad, chulita, que tengo razón? ¿Verdad que sí?... ¡Ay, qué será de ti, chulita, cuando yo me muera!... ¿Y en lo que me queda de vida, si ésta se prolonga y voy más para abajo todavía...? Hay que preverlo todo, compañera. ¡Me ha entrado un desasosiego...! ¡Qué gruesa estás y qué hermosota, y yo... yo... concluido, absolutamente concluido! Soy un reloj que tocó su última campanada, y aunque anda un poco todavía, ya no da la hora.

—No—murmuró ella frotándole el pecho con su cabeza,—no... Todavía...

—¡Ay, qué ilusión! Yo acabé. El estómago

me pide el retiro. Hay algo en mí que ha hecho dimisión, pero dimisión irrevocable; efectividad concluida, funciones que pasaron á la historia. Es preciso prevenir... mirar por ti, asegurarte contra la tontería.

Fortunata se reía, y para calmarle aquel desasosiego que sus estrafalarios pensamientos y aprensiones le causaban, prodigóle aquella noche, hasta que se separaron, los cariños y cuidados de una hija amantísima con el mejor de los padres.

## VI

Al siguiente día, Feijóo le dijo al entrar: —Hoy es la primera vez que he tenido que tomar un coche desde la Plaza Mayor aquí. Hasta ahora las piernas se han defendido; estas piernas que han hecho marchas de seis leguas en una noche... Tengo el simón á la puerta. Vente conmigo y vamos á dar una vuelta por las rondas del Sur. Fortunata no pensaba más que en complacerle, y accedió con algún recelo, pues siempre que paseaban juntos, aunque fuera por sitios apartados, temía encontrarse á Maximiliano ó á doña Lupe á la vuelta de una esquina. Esta idea la hacía temblar.

Pasearon un buen ratito, sin que tuvieran ningún encuentro desagradable. Dos días después D. Evaristo no fué á verla, y en su lugar

llegó el criado con una breve esquelita, llamándola. El señor había pasado muy mala noche, y el médico le había ordenado que se quedase en la cama. Corrió allá Fortunata muy afligida, y le vió incorporado en el lecho, afectando tranquilidad y alegría. «No es nada de particular— le dijo, haciéndola sentar á su lado.—El médico se empeña en que no salga. Pero no estoy mal; casi casi estoy mejor que los días pasados. Sólo que como no tengo costumbre de encamarme... Desde que pasé la fiebre amarilla en Cuba hace cuarenta años, no sabía yo lo que son sábanas á las cuatro de la tarde. ¡Qué ganas tenía de verte! Anoche me entró como una angustia... Creí que me moría sin dejarte arreglada una vida práctica, esencialmente práctica. Por lo que pueda tronar, te voy á decir lo que desde hace días tengo pensado. Verás qué plan. Al principio puede que te escueza un poco; pero... no hay otro remedio, no hay otro remedio.»

Inclinóse del lado en que la joven estaba, para poner su boca lo más cerca posible del oído de ella, y le disparó cara á cara estas palabras:

—Resultado de lo mucho que cavilo por ti. Es preciso que te vuelvas á unir á tu marido.

Contra lo que el simpático viejo esperaba, Fortunata no hizo aspavientos de sorpresa. Puso, sí, una carita muy monamente apenada, y alzando la voz, dijo:

—Pero eso, ¿cabe en lo posible?

—No necesitas alzar mucho la voz. Hoy estoy mucho mejor de la sordera. Por este oído izquierdo me entra todo perfectamente, y no sale por el otro... ¿Dices que si cabe en lo posible? De eso se trata, de hacerle hueco. Ya he tanteado el terreno. Esta mañana estuvo Juan Pablo á verme y le eché una chinita. Has de saber que anteayer me encontré á doña Lupe en la calle y le arrojé otra chinita.

—¿Ellos saben...?—preguntó la señora de Rubín con los labios muy secos.

—¿Esto?... Creo que no. Quizás lo sospechen; pero oficialmente no saben nada.

—¡Ay!, no me podías decir nada—manifestó la joven dándose un lengüetazo en los labios, que se le secaban más todavía,—nada que me fuera más antipático, más...

—Yo lo comprendo...

—Si tú no te has de morir—dijo Fortunata irguiéndose con brío, en son de protesta.—¡Si te pondrás bueno!...

Feijóo había cerrado los ojos, y se sonreía en las tinieblas de su meditación. La chulita callaba mirándole. Con aquella sonrisa, que parecía la que les queda á algunas caras después que se han muerto, contestaba D. Evaristo mejor que con palabras.

—¿Y á Nicolás, le has echado otra chinita?—preguntó ella después de una pausa, queriendo alegrar conversación tan lúgubre.

—No, porque no le he visto. Es el más bruto de los tres. Tú créeme: si ganamos á doña Lupe, todos los demás bajarán la cabeza, incluso tu marido. Doña Lupe es la que manda allí, y peor para ellos si no mandara.

—¡Oh! Yo dudo mucho que quieran... Les jugué una partida muy serrana—afirmó ella, gozosa de encontrar un argumento contra aquel plan tan contrario á su gusto,—pero muy serrana. Lo que yo hice es de eso que no se perdona.

—Todo se perdona, hija; todo, todo—dijo el enfermo con indulgencia empapada en escepticismo.—Por muy grande que nos figuremos la masa de olvido derramado en la sociedad como elemento reparador, esa masa supera todavía á todos nuestros cálculos. El bien y la gratitud son limitados; siempre los encontramos cortos. El olvido es infinito. De él se deriva el *vuella á empezar*, sin el cual el mundo se acabaría.

—¡Oh!, no; no es posible... No tienen vergüenza si me perdonan.

—Eso, allá ellos... Lo que me importa á mí es que tú quedes en una situación correcta, y sobre todo... práctica. Tienes tú en ti misma poca defensa contra los peligros que á la vida ofrece continuamente el entusiasmo. Si te dejas sola, aunque te asegure la subsistencia, te arrastrarán otra vez las pasiones y volverás á la vida mala. Necesita mi niña un freno, y ese

freno, que es la legalidad, no le será molesto si lo sabe llevar... si sigue los consejos que voy á darle. Tonta, tontaina, si todo en este mundo depende del modo, del estilo... Nada es bueno ni malo por sí. ¿Me entiendes? Ojo al corazón es lo primero que te digo. No permitas que te domine. Eso de echar todo por la ventana en cuanto el señor corazón se atufa, es un disparate que se paga caro. Hay que dar al corazón sus miajitas de carne; es fiera, y las hambres largas le ponen furioso; pero también hay que dar á la fiera de la sociedad la parte que le corresponde para que no alborote. Si no, lo echas todo á rodar, y no hay vida posible. Á ti te asusta el hacer vida común con tu marido porque no le quieres...

—Ni tanto así; no le quiero, ni es posible que le quiera nunca, nunca, nunca.

—Corriente. Pues todo se arreglará, hja, todo se arreglará... No te apures ni pongas esa cara tan afligida. Hablaremos despacio. Por hoy no quiero calentarte la cabeza, ni calentármela yo, que bastante he charlado ya, y empiezo á sentirme mal. Está la cosa aprobada en principio... en principio.

Quedóse dormido el buen señor, que por haber pasado muy mala noche, tenía sueño atrasado, y Fortunata permaneció á su lado sin chistar ni moverse por no turbar su descanso. Examinaba la habitación, y habría deseado poder

escudriñar la casa toda. De lo que en la alcoba observó, hubo de sacar el conocimiento de que la casa estaba muy bien puesta. D. Evaristo, que tan práctico quería ser en la vida social, debía de serlo más en la doméstica, y, conforme á sus ideas, lo primero que tiene que hacer el hombre en este valle de inquietudes es buscarse un buen agujero donde morar, y labrar en él un perfecto molde de su carácter. Soltero y con fortuna suficiente para quien no tiene mujer ni chiquillos ni familia próxima, Feijóo vivía en dichosa soledad, bien servido por criados fieles, dueño absoluto de su casa y de su tiempo, no privándose de nada que le gustase, y teniendo todos los deseos cumplidos en el filo mismo de su santísima voluntad. Más que por el lujo, despuntaba la casa por la comodidad y el aseo. Gobernábala una tal doña Paca, gallega, que tuvo casa de huéspedes distinguidos y recomendados, en la cual vivió Feijóo mucho tiempo, y completaban la servidumbre una cocinera bastante buena y un criado muy callado y ya algo viejo, que había sido asistente de su amo.

Éste despertó como á la media hora de haberse dormido, y restregándose los ojos y gruñendo un poco, hubo de asombrarse de ver allí á su amiga, y alargó la cabeza para mirarla. Viéndola reír, se expresó así:

«Pues con el sueñecito que he echado perdí la situación, chica, y al despertar no me acordaba

de que habías quedado ahí... Y viéndote ahora, me decía yo, en ese estado de torpeza que divide el dormir del velar: «¿pero es ella la que veo? ¿Cómo y cuándo ha venido á mi casa?»

Sacó su mano de entre las sábanas para tomar la de ella, y recogiendo al punto las ideas que se habían dispersado, le dijo: «Fíjate bien en una cosa, y es que doña Lupe *la de los Pavos*, que es la persona de más entendimiento en toda esa familia, no se ha de llevar mal contigo, si tienes tacto. Lo que á doña Lupe le gusta es mangonear, dirigir la casa y echárselas de consejera y maestra. Hay que darle cuerda por ahí, y dejarla que mangonee todo lo que quiera. El gobierno de la casa lo ha de llevar mucho mejor que tú, porque es mujer que lo entiende: la traté un poco cuando vivía su marido, que era amigo y paisano mío. Por cierto que cuando se quedó viuda, dió en la flor de decir que yo le hacía el oso. ¡Tontería y fatuidad suya!... Pero, en fin, es mujer de gobierno. De modo que dejándola que se explaye á su gusto en todo lo que sea el mete y saca de la vida doméstica, podrás conservar tu independencia en lo demás. No sé si me entiendes ahora; pero ya te lo explicaré mejor. En último caso, si algún día tuvieras un choque con ella, te plantas y le dices: «ea, señora, yo no me meto en lo que es de su incumbencia de usted. No se meta usted en lo que es de la mía.»

Se había hecho de noche y los dos interlocutores no se veían. Feijóo llamó para que trajeran luz, y cuando la trajo doña Paca, la primera claridad que se esparció por el aposento sirvió al ama de llaves para examinar con rápida inspección el rostro de la amiga de su señor, diciéndose: «Esta es la pájara que nos le ha trastornado.» Aquel curioso receloso de criado que espera heredar, fué seguido de diferentes pretextos para permanecer allí con idea de pescar algo de la conversación. Pero mientras Paca estuvo en la alcoba haciendo que ordenaba las cosas, moviendo los trastos y revisando las medicinas, D. Evaristo no desplegó los labios. Miraba á su ama de llaves, y su sonrisa maliciosa quería decir: «Tú te cansarás.»

Así fué. Retiróse la dueña, y D. Evaristo volvió á su tema: «Lo primero que has de tener presente es que siempre, siempre, en todo caso y momento, hay que guardar el decoro. Mira, chulita, no me muerdo hasta que no te deje esta idea bien metida en la cabeza. Apréndete de memoria mis palabras, y repítelas todas las mañanas á renglón seguido del Padrenuestro.»

Como un dómine que repite la declinación á sus discípulos, machacando sílaba tras sílaba cual si se las claveteara en el cerebro á golpes de maza, D. Evaristo, la mano derecha en el aire, actuando á compás como un martillo, iba incrustando en el caletre de su alumna estas palabras:

«Guardando... las... apariencias, observando... las reglas... del respeto que nos debemos los unos á los otros... y... sobre todo, esto es lo principal... no descomponiéndose nunca, oye lo que te digo... no descomponiéndose nunca... (A la segunda repetición del concepto, la mano del dómine quedábase suspendida en el aire, y sus cejas arqueadas en mitad de la frente, sus ojos extraordinariamente iluminados, denotaban la importancia que daba á este punto de la lección)... no descomponiéndose nunca, se puede hacer todo lo que se quiere.»

Después le entró tos. Doña Paca se apareció dando gruñidos y diciendo que la tos provenía de tanto hablar, contra lo que el médico ordenaba. «A usted no le ha de matar la enfermedad, sino la conversación... A ver si toma el jarabe y cierra el pico.» Para atenuar el efecto de esta salida un tanto descortés, estando presente una visita, la señora aquella agració á la intrusa con una sonrisilla forzada. ¿Cuál de las dos daría al enfermo la cucharada de jarabe? Quiso hacerlo el ama de llaves; pero Fortunata anduvo más lista. La otra tomó su desquite, arrojando una observación de autoridad displaciente á la cara de la entrometida. «Eso es, dele el cloral en vez del jarabe, y la hacemos...»

—¿Pero no es ésta la medicina?

—Esa es, sí... pero podía usted haberse equivocado. Para eso estoy yo aquí.

—Que me dé lo que quiera—gruñó Feijóo con burlesca incomodidad.—¿A usted qué le importa, señora doña Francisca?...

—Es que...

—Bueno; aunque me envenenara. Mejor.

## VII

Al verse otra vez en su casa y sola, Fortunata no podía con la gusanera de pensamientos que *le llenaba toda la caja de la cabeza*. ¡Volver con su marido! ¡Ser otra vez la señora de Rubín! Si un mes antes le hubieran hablado de tal cosa, se habría echado á reír. La idea continuaba teniendo para ella una extrañeza dolorosa; pero después de lo que oyó al buen amigo no le parecía tan absurda. ¿Llegaría aquello á ser posible y hasta conveniente? Un cuchicheo de su alma le dijo que sí, aunque las antipatías que los Rubín le inspiraban no se extinguieran. Que D. Evaristo se moría pronto era cosa indudable: no había más que verle. ¿Qué iba á ser de ella, privada de la dirección y consejo de tan excelente hombre?... ¡Cuidado que sabía el tal! Toda la ciencia del mundo la poseía al dedillo, y la naturaleza humana, *el aquel de la vida*, que para otros es tan difícil de conocer, para él era como un catecismo que se sabe de memoria. ¡Qué hombre!

Así como en las mutaciones de cuadros di-

solventes, á medida que unas figuras se borran van apareciendo las líneas de otras, primero una vaguedad ó presentimiento de las nuevas formas, después contornos, luego masas de color, y por fin las actitudes completas, así en la mente de Fortunata empezaron á esbozarse desde aquella noche, cual apariencias que brotan de la nebulosa del sueño, las personas de Maxi, de doña Lupe, de Nicolás Rubín y hasta de la misma Papitos. Eran ellos que salían nuevamente á luz, primero como espectros, después como seres reales con cuerpo, vida y voz. Al amanecer, inquieta y rebelde al sueño, oíales hablar y reconocía hasta los gestos más insignificantes que modelaban la personalidad de cada uno.

Levantóse la chulita muy tarde y recibió un recado de su amigo, diciéndole que estaba mejor y que se levantaría y saldría á la calle con permiso del tiempo. Esperó su visita, y en tanto no cesaba de cavilar en lo mismo. La gratitud que hacia Feijóo sentía era más viva aún que antes, y habría deseado que la vida que con él llevaba continuase, pues aunque algo tediosa, era tan pacífica que no debía ambicionar otra mejor. «Si dura mucho esto, ¿llegaré á cansarme y á no poder sufrir esta sosería? Puede que sí.» El apetito del corazón, aquella necesidad de querer fuerte, le daba sus desazones de tiempo en tiempo, produciéndole la ilu-

sión triste de estar como encarcelada y puesta á pan y agua. Pero se conformaba; quizás cada día la conformidad era menor... quizás veía con agrado en las lontananzas de su imaginación algo nuevo y desconocido que interesara profundamente su alma y pusiera en ejercicio sus facultades, que se desentumecían después de una larga inactividad.

Don Evaristo llegó en coche á eso de las cuatro, muy animado, y le mandó que le hiciera un chocolatito para las cinco. Esmeróse ella en esto, y cuando el buen señor tomaba con gana su merienda, le dijo entre otras cosas que, si seguía mejor, al día siguiente hablaría con Juan Pablo, planteándole la cuestión resueltamente. «Y también te digo una cosa. No veo la causa de que tu marido te sea tan odioso. Podrá no ser simpático; pero no es mala persona. Podrá no ser un Adonis; pero tampoco es el coco. Mujeres hay casadas con hombres infinitamente peores, y viven con ellos; allá tendrán sus encontronazos; pero se arreglan y viven... Tú no seas tonta, que no sabes la ganga que es tener un nombre y una chapa decorosa en el casillero de la sociedad. Si sacas partido de esto, serás feliz. Casi estoy por decirte que mejor te cuadra un marido como el que tienes que otro de mejor lámina, porque con un poco de muleta harás de él lo que quieras. Me han dicho que desde la separación está muy taciturno, muy dado á sus estudios, y que

no se le conocen trapicheos ni distracciones... Por grandes que sean sus resentimientos, chica, creo que en cuanto le hablen de volver contigo, se le hace la boca agua.»

Fortunata sonriendo dió á entender su incredulidad.

«¿Que no? ¡Ay, chulita! tú no conoces la naturaleza humana. Cree lo que te he dicho. Maximiliano te abrirá los brazos. ¿No ves que es como tú, un apasionado, un sentimental? Te idolatra, y los que aman así, con esa locura, se pirran por perdonar. ¡Ah, perdonar! Todo lo que sea *rasgos* les vuelve locos de gusto. Tú déjate querer, grandísima tonta, y hazte cargo de que se te presenta un ancho horizonte de vida... si lo sabes aprovechar.»

Esto del horizonte avivó en la mente de la joven aquel naciente anhelo de lo desconocido, del querer fuerte sin saber cómo ni á quién. Lo que no podía era compaginar esperanza tan incierta con la vida de familia que se le recomendaba. Pero algo y aún algo se le iba clareando en el entendimiento.

Feijóo mejoró sensiblemente en los días que siguieron al arrechucho aquel. Recobró parte de sus fuerzas, algo del buen humor, y las presunciones de próxima muerte se desvanecieron en su espíritu. Mas no por esto desistió de llevar adelante un plan que había llegado á ser casi una manía, absorbiendo todos sus pensamientos.

Decidido á hablar con Juan Pablo, fué á verle una mañana al café de Madrid, donde tenía un rato de tertulia antes de entrar en la oficina, pues al fin ¡miseria humana! hubo de aceptar la credencialaja de doce mil que le había dado Villalonga por recomendación del mismo Feijóo. No estaba contento ni mucho menos con esto el orgulloso Rubín, y se quejaba de que una amistad sagrada le hubiera puesto en el compromiso de aceptar el turrón alfonsino. Por supuesto que la situación no duraba ni podía durar. Cánovas no sabía por dónde andaba. Entre tanto, y supiera ó no D. Antonio lo que traía entre manos, ello es que Juan Pablo se había comprado una chistera nueva, y tenía el proyecto de trocar su capa, algo deshilachada de ribetes y mugrienta de forros, por otra nueva. Eso al menos iba ganando el país.

Pero de todas las mejoras de ropa que publicaban en los *circulos políticos* y en las calles de Madrid el cambio de instituciones, ninguna tan digna de pasar á la historia como el estreno de levita de paño fino que transformó á D. Basilio Andrés de la Caña á los seis días de colocado. Hundióse en los abismos del ayer la levita antigua, con toda su mugre, testimonio lustroso de luengos años de cesantía y de arrastrar las mangas por las mesas de las redacciones. Completaba el buen ver de la prenda un sombrero de moda, y el gran D. Basilio parecía un sol,

porque su cara echaba lumbre de satisfacción. Desde que entró á servir *en su ramo* y en la categoría que le cuadraba, estaba el hombre que no cabía en su chaleco. Hasta parecía que había engordado, que tenía más pelo en la cabeza, que era menos miope, y que se le habían quitado diez años de encima. Se afeitaba ya todos los días, lo que en realidad le quitaba el parecido consigo mismo. No quiero hablar de las otras muchas levitas y gabanes flamantes que se veían por Madrid, ni de las señoras que trocaban sus anticuados trajes por otros elegantes y de última novedad. Este es un fenómeno histórico muy conocido. Por eso cuando pasa mucho tiempo sin cambio político, cogen el cielo con las manos los sastres y mercaderes de trapos, y con sus quejas acaloran á los descontentos y azuzan á los revolucionarios. «Están los negocios muy parados», dicen los tenderos; y otro resuella también por la herida diciendo: «No se protege al comercio ni á la industria...»

Cuando Feijóo entró en el café de Madrid, Juan Pablo no había llegado aún, y decidió esperarle en el sitio que su amigo acostumbraba ocupar. Á poco entró D. Basilio presuroso, de levita nueva, el palillo entre los dientes, y se dirigió al mostrador con ademanes gubernamentales. «Que me lleven el café á la oficina», dijo en voz alta, mirando al reloj y haciendo un gesto, por el cual los circunstantes podrian

comprender, sin necesidad de más explicaciones, el cataclismo que iba á ocurrir en la Hacienda si D. Basilio se retrasaba un minuto más.

—Hola, D. Evaristo—dijo deteniéndose un instante á estrecharle la mano.—¿Cómo va la salud...? ¿Bien? Me alegro... Conservarse... Muy ocupado... Junta en el despacho del jefe... Abur.

—Buen pelo echamos, ¿eh?... Sea enhorabuena. Yo tal cual. Adiós.

Al quedarse otra vez solo, D. Evaristo arrugó el ceño. Ocurriósele una contrariedad que entorpecería su plan. Al ir hacia el café había preparado por el camino el discurso que le espetaría á Juan Pablo. Este discurso empezaba así: «Amigo mío, me he enterado de que la pobre mujer de su hermano de usted vive en el más grande apartamiento, arrepentida ya de su falta, indigente y sin amparo alguno...»; y por aquí seguía. Pero esto era insigne torpeza, porque si después de encarecer lo tronada y hambrienta que estaba Fortunata, la veían tan hermosa... No, de ninguna manera. Facilillo era compagnar la lozanía de la señora de Rubín con su desgracia. ¿Y cómo evitar que del indicio de aquellas apretadas carnes y de aquel color admirable indujeran los parientes la certeza de una vida regalona, alegre y descuidada?... Un rato estuvo mi hombre discurrendo cómo probar que no es cosa del otro jueves que las personas afligidas engorden; y aún no había

logrado construir su plan lógico, cuando llegó Juan Pablo frotándose las manos y dejando ver en su cara la satisfacción íntima que el simple hecho de entrar en el café le producía. Era como el tinte de placidez que toma la cara del buen burgués al penetrar en el hogar doméstico. Saludáronse los dos amigos con el afecto de siempre. Después de oír, acerca de su salud, todas las vulgaridades hipócritas con que el sano trastea al enfermo, como aquello de *es nervioso... pasee usted... yo también estuve así*, Feijóo abordó la cuestión, y por zancas y barrancas, soltando lo primero que se le ocurría, llegó á decir que él se había propuesto, por pura caridad, negociar la reconciliación.

—¡Pobrecilla!—dijo Rubin, echando los terrones de azúcar en el vaso con aquella pausa que constituía un verdadero placer.—Dice usted que pasando miserias y muy arrepentida... ¡Cuánto se habrá desmejorado!

—Le diré á usted... Precisamente desmejorarse, no; lo que está es así, muy... ensimismada. Pero sigue tan guapa como antes.

—¿Y Santa Cruz, no...?

—Quite usted, hombre. Si hace la mar de tiempo que tronaron. A poco de las trapisondas de marras... Desde entonces su cuñada de usted ha vivido apartada del bullicio, llorando sus faltas y comiéndose los ahorros que tenía, hasta que han venido los apuros. Ha sido una ca-

sualidad que yo me enterara. Verá usted... me la encontré hace días... contóme sus cuitas... Me dió mucha pena. Hágase usted cargo de lo que sufrirá una criatura con la conciencia alborotada y en esta situación...

—¡Ah!, Sr. D. Evaristo, á mí no me la da usted... Usted es muy tunante y las mata callando...

Al oír esto, la diplomacia de Feijóo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él.

—Mire usted, compañero—le dijo con reposado acento:—cuando trato las cosas en serio, ya sabe usted que las bromas me parecen impertinentes, ¿estamos? Es poco delicado en usted suponer que he tenido algún lío con esa señora, y que lo disimulo con la hipocresía de querer reconciliar el matrimonio. Vamos, que se pasa usted de pillín...

—Era un suponer, D. Evaristo—manifestó Rubin desdiciéndose.

—Pues hacia yo bonito papel... Hombre, muchas gracias...

—No, no he dicho nada...

—Además, diferentes veces me ha oído usted decir que hace tiempo me corté la coleta.

—Sí, sí.

—Y si en mis treinta, y en mis cuarenta y aun en mis cincuenta, he toreado de lo fino, lo que es ahora... ¡Pues estoy yo bueno para fiestas

con mis sesenta y nueve años y estos achaques...! Hágame usted más favor, y cuando le digo una cosa, créamela, porque para eso son los buenos amigos, para creerle á uno...

—Tiene usted razón, y lo que siento ¡qué cuñal es que no viera en mi reticencia una broma...

—Me parecía á mí que el asunto, por tratarse de una persona de la familia de usted y por iniciarlo yo, no era para bromear.

Rubín creyó ó aparentó creer, y puso la atención más filosófica del mundo en lo que su amigo siguió diciendo sobre materia tan importante. Y aquí viene bien un dato: Juan Pablo había recibido de Feijóo algunos préstamos á plazo indefinido. Este excelente hombre, viendo sus angustias, halló una manera delicada de suministrarle la cantidad necesaria para librarse de Cándido Samaniego, que le perseguía con saña inquisidora. Estas caridades discretas las hacía muy á menudo Feijóo con los amigos á quienes estimaba, favoreciéndoles sin humillarles. Por supuesto, ya sabía él que aquello no era prestar, sino hacer limosna, quizás la más evangélica, la más aceptable á los ojos de Dios. Y no se dió el caso de que recordase la deuda á ninguno de los deudores, ni aun á los que luego fueron ingratos y olvidadizos. Juan Pablo no era de éstos, y se ponía gustoso, con respecto á su generoso *ingles*, en ese estado de subordina-

ción moral propio del insolvente á quien se le dan todas las largas que él quiere tomarse. Demasiado sabía que á un hombre de quien se han recibido tales favores hay que creerle siempre todo lo que dice, y que se contrae con él la obligación tácita de ser de su opinión en cualquier disputa y de ponerse serio cuando él recomienda la seriedad. Allá en su interior pensaría Rubín lo que quisiese; pero de dientes afuera se mantuvo en el papel que le correspondía.

—Por mi parte, no he de poner inconvenientes... Qué quiere usted que le diga. No sé lo que pensará Maximiliano. Desde aquellas cosas no le he oído mentar á su mujer... Si algo se ha de hacer, crea usted que no se dará un paso si mi tía no va por delante... Yo estoy un poco torcido con ella... Lo mejor es que le hable usted.

Después se enteró Feijóo con mucha maña de ciertas particularidades de la familia. Maxi había tomado el grado y estaba ya practicando en la botica de Samaniego á las órdenes de un tal Ballester, encargado del establecimiento. Supo además el anciano que doña Lupe no vivía ya en Chamberí, sino en la calle del Ave María, y que todo el tiempo que le dejaba libre á Maxi la farmacia, lo empleaba en darse buenos atracones de lectura filosófica. Le había dado por ahí.

Luego hablaron de otras cosas. El filósofo cafetero dijo á su amigo que cuando quisiera echar otro párrafo no le buscarse más en el café de